

M. MARTÍN FERRAND

«Todos tenemos, como el mejor de los Machado, el alma de nardo del árabe español»

EL PÁJARO EN NIDO AJENO



NO hace muchos años apareció en la ventana de una casa de la calle de Francisco Silvela de Madrid —un tramo del viejo Paseo de Ronda— un letrado: «Se vende por no poder aguantar a los vecinos». Ignoro

lo que habrá sido del piso, de su propietario y de sus incómodos vecinos; pero es lo primero que se me vino a la memoria al conocer la rocambolesca invasión del islote Perejil a cuenta de una patrullita de gendarmes marroquíes. Los vecinos, un mal que no se elige, son tal cual parecen y, ese es el castigo por tenerlos. Sus ruidos son nuestros ruidos y su fontanería, nuestras goteras.

Marruecos es una gran Nación y es nuestro vecino por el Sur. ¿Sería mejor tener vecinos suecos o lituanos? No lo sé. Durante ocho siglos, hasta finales del XV, «esas gentes que a mi tierra vinieron, que todo lo ganaron y todo lo perdieron» fueron parte de nuestro propio ser. El hecho de que, al mismo tiempo, se construyeran en el solar español la catedral de Santiago y la Giralda de Sevilla no se puede perder de vista al contemplar los problemas del Sur. Todos tenemos, como el mejor de los Machado, el alma de nardo del árabe español. Lo que no tenemos, porque las cosas no siempre se hacen bien, es una integración en la OTAN que cubra nuestro flanco meridional ni un tratado con los EE.UU. —recién renovado— que contemple una cláusula de defensa automática de esos territorios sureños; pero eso, guste o disguste, es parte del nardo, del fatalismo de la raza.

Me asustan algunos comentarios oídos por la radio, especialmente en la radio pública. Se compensa con las voces de serenidad que salen del Gobierno. Este no es momento para grandes soflamas patriotas. Como el vecino de Francisco Silvela, tenemos un vecino incómodo. En diferencia con él, no podemos vender el piso. Otra cosa es que no se le aplique inteligencia al caso. Inteligencia de la de verdad, no de la que administra Jorge Dezcallar. Marruecos exhibe al exterior las convulsiones que se cuecen en su interior, las de una Nación teocrática y totalitaria que intenta, con las dificultades del caso, establecer el esbozo de una reforma democrática. Un oficial marroquí, con el *kit* guerrero de la Señorita Pepis, ha llegado a un islote sólo apto para gaviotas y ha desplegado dos banderas impropias. Es inevitable, en grandes ocasiones, que las coladuras y las sábanas del vecino tapen nuestros balcones. Desde el pasado octubre, en que Rabat llamó a casa a su embajador en Madrid, se suceden gestos no amistosos. Son irritantes pero no son graves. Son actitudes propias del cuco, el pájaro que siempre pone los huevos en nido ajeno. ¿Qué nueva historia de pícaros nos va a contar a nosotros?



J. FÉLIX MACHUCA

«Uno lo recuerda cuando todo el paisaje humano que lo rodeaba era insultantemente joven. Tan joven que nos sobraba el presente y al futuro le escupíamos en la cara con el ignorante desprecio en el que te instala la juventud»

HIJOS DEL AGOBIO

EN esa pelea inevitable que la vida nos propone a todos y que, por pura razón de reglamento, la tenemos perdida, los hay que aguantan más el asalto y prolongan el espejismo de la victoria hasta más allá de lo sorprendente, pero al final, ya sabemos todos que siempre, siempre suena la campana que da por finalizado el combate. Los hay tan ufanos que piensan que todo lo pueden ganar; cuando sólo por el hecho de haber nacido ya se pueden ir apuntando en la lista de los derrotados. El otro día, después de su última actuación, El Tele, batería de Triana, daba por finalizado su combate, su pelea, su actuación más humana entre nosotros y, sin ganas de dejarnos, se subió al autobús que lo llevará, Dios lo quiera, a un paraíso de músicos y flores de los que a él le gustaban. Se nos fue por el corazón pero nunca del corazón otro más de una banda, Triana, que fue mucho en los setenta y ochenta. Uno lo recuerda cuando todo el paisaje humano que lo rodeaba era insultantemente joven. Tan joven que nos sobraba el presente y al futuro le escupíamos en la cara con el ignorante desprecio en el que te instala la juventud, ajenos por completo a que la bestia tiene reservada mesa para devorarnos cuando más hambre tenga. Les hablo de finales de los setenta. De la Sevilla del patio de San Laureano y de la calle Betis. De las fiestas de Ingenieros y Medicina. De una ciudad que trataba a sus jóvenes con la oscura escasez de aquellos tiempos donde el éxtasis nunca nos lo dieron en pastillas sino en conciertos donde la música, buena, mala o medio pensionista, era una comunión de ideas, complicidades y sentimientos de una generación que fue llamada con mucho sentido la de los hijos del agobio.

El Tele, como Jesús de la Rosa, fue tocado por el dedo mágico de la oportunidad y su grupo, Triana, tuvo la sobrada sensibilidad como para conectar con aquellos hijos del agobio que esperaban, sin muchas esperanzas

pero deseándolo sinceramente, que alguien fuera capaz de ponerle música y letra a la peripecia de sus vidas. Triana coló en la música de los jóvenes soñadores de entonces los compases de una Andalucía con ganas de despertarse y comerse buena parte de lo que hasta entonces se le había venido negando. Fueron, quizás, los primeros que musicaron el mito del sur, que cantaron la luminosa mañana de una generación que quiso cambiar, desde aquí, las cosas más inalterables de este país. Y en todos los rincones de España, en los conciertos y en las radiofónicas, en los tocatas y en las caseteras, Triana fue siempre algo más que una banda rock. Fue quizás, de alguna forma, la música hecha por andaluces que prologó, con acento andaluz, una nueva situación.

Les decía más arriba que mis recuerdos del grupo están ligados a tiempos donde éramos todos tan jóvenes que aún nos quedaban muchos miedos por descubrir. Pese a que fueron tiempos nada fáciles uno se recuerda y recuerda a los que formaban parte de su generación como una banda de soñadores insufribles que lo mismo leía a Jack Kerouac que el diario boliviano del Ché. Fue, la de Triana y sus seguidores, una generación harta de saber mucho de la guerra civil y deseosa de alcanzar la normalidad cívica que tanto necesitaba aquella sociedad. La muerte de El Tele, más allá de sus registros profesionales, nos acongoja porque con él muere también el sonido de una época, de una ciudad que se empeñó por salir del encorsetamiento creativo en el que se movía y que ya empezaba a moverse más allá de la recta de Los Palacios y viajaba a Londres, París y Amsterdam para depilarse, con muchísimo trabajo, el pelillo de la dehesa local. Se nos fue por el corazón El Tele, quizás al lago de sus sueños, al lago claro, dulce y tibio de los sueños de aquella generación tan perdedoramente romántica que pasó a la historia como los hijos del agobio.

BREVERÍAS



Cambio de actitud

La postura de la rectora de la Universidad Pablo de Olavide, **Rosario Valpuesta**, respecto al encierro de inmigrantes cambia día a día, casi minuto a minuto, según va descubriendo los intereses ocultos que se mueven en este episodio, y que algunas voces ya le anticiparon. Ya hasta desde la Junta de Andalucía le están diciendo que fue un error, inocente o ingenuo error, que hubiera sido más fácil solventar en sus inicios. Ojalá que todo acabe bien y que la rectora no acabe haciendo el ridículo.



Derroche

El director general de Carreteras de la Junta, **Diego Romero**, dice que sería un «derroche» que toda Andalucía fuera autovía. Resulta curioso como un funcionario público, que supuestamente está para resolver los problemas de los ciudadanos, se opone a mejorar el nivel de las infraestructuras andaluzas, cuando hay una relación directa entre el crecimiento económico de una comunidad y su calidad en las infraestructuras, especialmente las carreteras.



Conflicto del taxi

Los lamentables hechos que están protagonizando un pequeño grupo de taxistas en el aeropuerto vienen a darle la razón al concejal del Ayuntamiento hispalense, **Blas Ballesteros**, que en su día ya denunció la situación insostenible en la que se encuentra el servicio de taxis en el aeropuerto de Sevilla y que, además de causar daños a los usuarios, está perjudicando seriamente la imagen de nuestra ciudad ante los miles de visitantes que usa el aeropuerto de San Pablo.